ESTÍMULOS A LA FE

Primera Parte

PREOCUPACIONES Y ANSIEDADES

Obtenido del libro "*Ángeles en Blanco*" por *Russell Elliott*

Contenido

PRÓLOGO	Pág.	2
LAS PREOCUPACIONES Y SU CURA		3
LA PAZ QUE SOBREPASA TODO ENTENDIMIENTO		9
"ÁNGELES EN BLANCO"		13
COSAS QUE PROVOCAN ANSIEDAD EN LAS PERSONAS		18

PREOCUPACIONES Y ANSIEDADES

Prólogo

Un conocido y distinguido predicador de la generación pasada, dirigiéndose a un grupo de estudiantes estadounidenses, en una ocasión, hacia el final de su carrera, comentó: «Si tuviera que vivir mi vida de nuevo, haría de mi ministerio un ministerio más de consolación». La necesidad de consuelo es tan grande como siempre, quizás incluso mayor, y en las páginas siguientes se ha intentado satisfacer esa necesidad. Los artículos no fueron escritos todos a la vez; de hecho, abarcan un período de casi treinta años, por lo que se verá que la atención del autor se ha dirigido, una y otra vez, al mismo tema. Estas contribuciones a un problema siempre presente reflejan en cierta medida su propia experiencia.

Quizás la justificación de tal libro se encuentre en las siguientes palabras de otro:

«Las personas agobiadas y cargadas por el dolor, la tentación, el pecado y el miedo están por todas partes. Me atrevo a decir que constituyen la mayoría de la humanidad. En algún momento, todos nos encontramos entre ellas, y la verdadera prueba de una religión, de su valor y mérito, es esta: ¿Puede hacer algo por los cansados? ¿Puede consolar la mente afligida? ¿Puede curar el corazón roto?»

Se espera que las siguientes páginas, en lo que respecta al cristianismo, ayuden en cierta medida a responder afirmativamente a estas preguntas. Y a esto, el autor, basándose en su propia experiencia personal —y, sin duda, junto a una inmensa multitud incontable—, desea añadir su Amén.

¿Podrá el lector disculpar alguna repetición ocasional que encuentre, debido al extenso período que abarcan los artículos? Estos también reflejan, en muchos casos, el trágico período de la Primera Guerra Mundial. No pocos fueron escritos durante esa época de sufrimiento y sacrificio sin precedentes.

LAS PREOCUPACIONES Y SU CURA

"¿No te importa?" — el clamor del corazón humano.
"Él cuida de ti": la respuesta divina.

Cuidados: una pequeña palabra, ¡aun así qué gran significado tiene! Su presión a veces es casi intolerable. Cada uno es afectado más o menos por esto, porque probablemente no hay nada sobre la faz de la tierra más común que las preocupaciones. Esta se ve en el rostro del comerciante; surca las mejillas de la viuda; esta se sienta en la frente de los grandes, sigue los escalones y anda alrededor de la cama de los reyes; porque debemos estar seguros, "inquietud está en la cabeza de los que llevan coronas". Esta llama a todos de igual modo y tiene el hábito de hacerse para sí misma un hogar, aunque nunca es bienvenida. En efecto, por mucho que intentemos deshacernos de este visitante indeseado, se aferra a nosotros como si fuera el mejor de los amigos.

Vayas donde vayas, lo encontrarás. No hay continente o país o ciudad que esté libre de su presencia; cada pueblo y casa conoce algo de sus oscuras sombras. ¿Hay alguien que puedas conocer, que haya llegado a cierta edad, que pueda decir con sinceridad: "La preocupación y yo somos desconocidos"? Tiene la costumbre de colarse por todas partes. A veces se presenta en las ocasiones más festivas, y se sabe que proyecta su sombra incluso sobre una boda. Casi todos los días están marcados por ella, el día de la muerte no siempre es una excepción, como si la preocupación fuera lo primero que llevamos y lo último que dejamos. ¿Cómo podemos escapar de ella? Ninguna barrera puede detenerla. Los cerrojos y las rejas son inútiles aquí, porque si cierras la puerta con llave, se colará por el ojo de la cerradura, y si logras sacarla por la puerta principal, encontrará la manera de rodearla por la parte de atrás. Parece tan omnipresente y penetrante como la atmósfera. Es tan inútil intentar excluir el aire como excluir la preocupación.

Aunque todos conocen más o menos esta dolorosa dolencia, pocos parecen saber cuál es la verdadera cura. Son muchos y variados los métodos que se adoptan para escapar de sus garras, pero no suelen ser muy eficaces. Algunos creen que la riqueza puede comprarla, pero un aumento de dinero a menudo significa que las fuentes de sufrimiento sólo se multiplican. Otros buscan el placer, pero ¡cuántas veces regresa la carga, con algo más, cuando el placer se acaba! «¿No sabes que me estoy muriendo de melancolía?», escribió Madame de Maintenon, la esposa de Luis XIV, una mujer que tuvo la oportunidad, como nadie, de ver y disfrutar la vida. Algunos intentan remediarlo con el trabajo; esto es bueno hasta cierto punto, pero no es suficiente. No pocos intentan desterrarlo con la copa de vino o alguna otra forma de indulgencia.

La razón por la que ninguna de estas iniciativas tiene éxito es que todas pierden de vista la causa. Las preocupaciones tienen una causa, y a menos que descubramos cuál es y la abordemos, es poco probable que seamos exitosos en nuestra lucha contra lo que las producen.

La preocupación es consecuencia del estado actual del mundo, y este, a su vez, es resultado de una actitud errónea hacia su Creador. La mal llamada preocupación surge de la falta de armonía con el Autor de nuestro ser. El pecado introdujo la desconfianza; el hombre se alejó de su Creador y, como consecuencia, perdió la noción de Su bondad y protección. El nefasto efecto de **la preocupación es,** con toda su tristeza, infelicidad e inquietud.

Lo que parece explicar, entonces, todas las preocupaciones del mundo es que el corazón humano ha perdido el sentido del cuidado de Dios. Cuando Marta pronunció esa lastimera queja a oídos de Cristo mientras Él estaba sentado en su casa en Betania, "¿No te importa?" ella no sólo expresaba su propio sentimiento, sino el de toda la raza humana. ¿No es este más o menos el clamor de todo corazón en algún momento u otro, aunque quizás no expresado con toda la claridad con que Marta lo expresó? ¡Oh, cuántas veces los ojos y el corazón elevados han hablado así a Dios, incluso si las palabras nunca escaparon de los labios! Cuánto parece haber en el curso que se permite que tomen los acontecimientos, ya sea en general o en lo que respecta a cada uno de nosotros en particular, esto confirma la sospecha de que, a Dios, después de todo, no le importa lo que seamos ni cómo resulten las cosas. ¡Como si, después de todo, no hubiera nadie que cuidara del mundo! Puede que haya enfermeras para cuidar a los bebés, padres para mantener a los hijos y policías para la protección general, pero en cuanto a las preocupaciones más profundas de la vida, los hombres y mujeres adultos parecen abandonados a su suerte. Y así La mayoría de la humanidad sufriente y trabajadora, tal vez, esté bastante dispuesta a adoptar el lenguaje de la hermana mayor de Betania: "¿No te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir?" Este es el grito que parece brotar del corazón de alguien que siente haber sido agraviado. ¿Acaso nuestros propios corazones no nos han dicho a veces que Marta no está sola aquí?

"¿No te importa?" Esta impactante expresión revela dos cosas: el hombre ha perdido el sentido del cuidado de Dios, pero desde lo más profundo de su alma clama por alguien que se preocupe por él.

¿Hay alguna respuesta a este llamamiento, a veces expresado, a veces silencioso? ¿Hay alguien que responda a estos que son:

"Los bebés lloran en la noche,
Los bebés lloran por la luz,
¿Y sin más palabras que un grito?

¿Y será satisfactoria la respuesta? Estas son las preguntas que debemos responder y, al hacerlo, insinuar cuál es la verdadera y suficiente cura para la preocupación pues la preocupación tiene cura, y ahora debemos mostrar dónde reside.

La cura reside realmente en descubrir que existe un Ser, todopoderoso y benéfico, que convierte a quienes confían en Él en objeto de su cuidado.

Frente al clamor humano «¿No te importa?», que se transmite de generación en generación y siempre ha sido así, podemos plantear la respuesta divina: «Él se preocupa por ti». Comparemos estas dos afirmaciones, una la expresión humana y la otra la divina, y analicémoslas detenidamente:

«¿No te importa?» (Lucas 10:40) —
el clamor del corazón humano;
«Él cuida de vosotros» (1 Pedro 5:7) —
La respuesta divina.

Una parece venir tan directamente del corazón de Dios al hombre como la otra va del corazón del hombre a Dios. Esta respuesta divina contiene en sí misma la infalible cura para la preocupación. Bien entendida y creída, se convierte de inmediato en el remedio universal para una enfermedad universal. Quizás algunos lectores de estas líneas se sientan tentados a pensar que sólo cuando la tumba los cubra se obtendrá algún alivio de la forma particular de preocupación que los oprime. Esto es, después de todo, un error, pues Aquel que nos dice que se preocupa nos invita al mismo tiempo a depositar todas nuestras preocupaciones en Él. ¡Qué profunda verdad es que Dios se preocupa! Demuestra que no es indiferente ni desatento, y ¿dónde lo encontraremos mejor reforzado o ejemplificado que en la parábola que precede inmediatamente y que está destinada a ¿Acompañar la historia de Marta?

¿Alguna vez has leído y reflexionado sobre esa maravillosa parábola registrada en Lucas 10 acerca del hombre que cayó en manos de ladrones? Después de herirlo y quitarle todo lo dejaron medio muerto al borde del camino. El sacerdote y el levita pasaron de largo, pero lo único que hicieron fue mirarlo y dejarlo allí. Finalmente llegó un samaritano, se acercó a él y le vendó las heridas. Y más aún, leemos que «lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó». Pero ni siquiera esto fue el límite de su bondad. Las palabras (dirigidas al posadero) que llegaron a los oídos atónitos del viajero, hasta entonces desamparado, fueron estas: «Cuídalo; y lo que gaste de más, cuando vuelva, te lo pagaré».

Se verá de inmediato que la historia ilustra mucho más que cómo se obtiene el perdón de los pecados. La culpa del pecador está implícita, sin duda, porque el

hombre estaba descendiendo de Jerusalén a Jericó: del lugar de bendición —Jerusalén significa la visión de paz— al lugar de la maldición. ¡De un sólo golpe se expone la tendencia moral de la raza! Pero llega alguien que puede revertir todo esto. Trae el aceite y el vino, el bálsamo de Galaad. El hombre es presa de los enemigos, pero aquí hay un amigo. Pero hay más. Una triple necesidad por parte del hombre es satisfecha por una triple acción por parte del Buen Samaritano. El hombre está herido, está débil y está necesitado. Sus heridas son vendadas, se le vierte aceite y vino. Esto satisface la primera necesidad. La segunda es satisfecha cuando su amigo lo coloca en su propia bestia. La tercera, llevándolo a la posada y cuidándolo. Esta última es la culminación de la parábola.

Sin embargo, si nos negamos a reconocer nuestra verdadera condición y nuestra necesidad de Cristo y su obra, si pensamos que por nuestros propios esfuerzos y bondad vamos, si merecemos, al cielo y no necesitamos a alguien que venga a ocupar nuestro lugar, entonces la verdadera libertad de las preocupaciones jamás será nuestra, pues la parábola que estamos considerando pierde todo su significado si no estamos heridos, desamparados, y necesitados de un Amigo que nos cuide de principio a fin. Fuera de Cristo, jamás podremos saber lo que Dios puede ser para nosotros. Y es precisamente esto, lo que Dios es para quien le obedece y, por lo tanto, confía plenamente en Cristo, lo que permite al creyente superar toda preocupación.

El hombre junto al camino podría haber soportado su destino con impasible indiferencia y sucumbido finalmente sin quejarse, pero nunca habría sabido cuánto otro podría cuidar de él. Y así, hoy en día, ¿acaso no hay quienes adoptan una actitud de indiferencia tanto hacia sus necesidades presentes como hacia las futuras? Intentan cerrar los ojos, y en cierta medida lo consiguen, pero se pierden algo fundamental: mientras mantienen esa actitud, jamás podrán saber qué les depara Dios, cuánto y con qué eficacia puede cuidarlos, ni qué significa el ministerio de Cristo.

Es precisamente en este punto donde se hace evidente la sorprendente conexión con la historia de Marta. Ella le dijo al Señor: "¿No te importa?" Podría el hombre de la posada haberle dicho ¿Cómo pudo Marta dirigirle esas palabras al samaritano? ¿Acaso no había escuchado la orden: «Cuida de él»? Si Marta hubiera conocido la enseñanza de esa parábola, ¿habría podido usar las palabras que usó? ¿Podemos nosotros, que profesamos creer que Cristo realmente se estaba describiendo a Sí mismo, cuestionar su cuidado? ¿No es toda la parábola del Buen Samaritano una respuesta a la conmovedora súplica de Marta? Y a la luz de esto, la historia que Cristo cuenta adquiere un significado maravilloso y sublime. Porque, ¿acaso no nos asegura que hay Alguien que se preocupa y que el clamor más profundo del corazón humano ha sido anticipado? Hay Alguien que piensa en nosotros y es capaz de proveer para todas nuestras necesidades.

Otro aspecto relacionado con las palabras de Marta ya se anticipa en la parábola. Ella sentía su soledad. "¿No te importa que mi hermana me haya dejado *sola para servir*?". ¡Sola y desamparada! Así se sentía en ese momento, y su caso no es aislado.

En lo más profundo del alma humana se siente lo mismo, hasta que se comprende la verdad de que Dios se preocupa. El hombre ha perdido a Dios y está condenado a sentirse solo hasta que lo encuentre de nuevo. Lo encontrará en la persona de Aquel que se presentó como el Buen Samaritano. «Un samaritano, mientras viajaba, llegó a donde estaba». La verdad subyacente es que Dios siempre busca al hombre, y lo busca para ayudarlo. Porque es tan cierto que Dios ha perdido al hombre como que el hombre ha perdido a Dios. ¡El hombre sin Dios! Es una anomalía, ya que Dios creó al hombre y le dio todos sus poderes, tanto morales como físicos. Por mucho que lo intente, el hombre no puede vivir sin su Creador, como tampoco puede vivir sin su prójimo. Por lo tanto, las palabras de Marta expresan la verdad, por mucho que intentemos disimularla. Un sentimiento de soledad y abandono nos invadirá tarde o temprano, y es precisamente este sentimiento de soledad y abandono la fuente fecunda de toda preocupación. La vida es demasiado grande para nosotros solos, su presión demasiado severa, sus exigencias más de las que podemos afrontar, y el resultado final demasiado maravilloso y de gran alcance para cualquiera de nosotros sin ayuda.

Es precisamente esto lo que nos ayuda a comprender cuán maravillosamente encaja la enseñanza de Cristo en el estado actual de las cosas, pues ¿acaso la parábola no nos presenta una imagen de absoluta soledad y abandono, y nos muestra a alguien que alivió ambas? ¿Quién podría estar más solo y desamparado que el hombre que cayó en manos de ladrones? Lo despojaron, lo hirieron y lo *abandonaron*. Sin duda, sintió su soledad especialmente cuando otros se acercaron y, tras mirarlo, pasaron de largo. Sin embargo, ¿quién podría estar menos solo o mejor atendido después? Llevado a la posada y dejado al cuidado del posadero, no le faltaría nada. «Cuida de él; y *lo que* gaste de más, cuando vuelva, te lo pagaré». Si tan solo creyéramos que esto representa a Dios y que Él está perfectamente dispuesto a prestar tanta atención a todo aquel que se lo *permita,* ¿podríamos tener alguna preocupación?

Sin duda, estamos dispuestos a decir: «Parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Existe Alguien tan grande, tan poderoso, dispuesto *a cuidar de mí*?». Sólo hay una respuesta: Él está dispuesto y es capaz. Entonces, quizás la pregunta se vuelva profundamente personal: «¿Lo hará por *mí*?». No tengo derecho a *tal* bondad. Tampoco el hombre junto al camino tenía derecho alguno sobre el samaritano, salvo que la necesidad siempre tiene derecho sobre el amor. Y este es el punto clave. Dios ahora actúa desde Sí mismo, según los dictados de su propio amor. Ya no es ley, sino gracia, y la parábola pretende mostrarnos la diferencia. Bajo la ley, Dios exigía aquello que tenía derecho a pedir: nuestro

amor. Bajo la gracia, nos muestra lo que no podíamos exigir ni merecíamos: Su amor. No amábamos a Dios con toda Su perfección. Ahora nos demuestra que puede amarnos a pesar de nuestra imperfección. La acción del Buen Samaritano fue pura gracia. Así es como Dios nos trataría. ¡Qué lentos somos para comprenderlo! Marta no lo entendía y, en consecuencia, se mostraba cautelosa y preocupada por muchas cosas. Dentro de su pequeño mundo ella pensaba que tenía que ocuparse de todo, como si no hubiera nadie al frente de los asuntos ni nadie que cuidara de hombres y mujeres. Hacía lo mejor que podía, pero no encontraba la paz. Representa a muchos que, deseando agradar a Dios y servirle, no han aprendido el gran placer que es para Él servirles y *que Su servicio debe preceder al de ellos*. La diferencia entre Marta y María —una agobiada, la otra descansando a los pies de Jesús— era principalmente la diferencia entre el hombre al borde del camino y el hombre en la posada. El hombre al borde del camino bien podría haberle dicho al sacerdote y al levita: "¿No os importa que me quede solo?". El hombre en la posada no podría haberle dicho eso al samaritano. No podríamos imaginar tal cosa. Podemos imaginarlo sentado a los pies de su benefactor, mirándolo a la cara, y tal vez preguntándose en su mente: ¿Hay algo que pueda hacer por él cuando sea lo suficientemente fuerte? Cristo no nos pide un pequeño servicio hasta que sepamos por experiencia propia cómo Él nos ha servido. Es sorprendente que, aunque el hombre herido había recibido tanta bondad e iba a recibir más, su benefactor no le pide nada a cambio.

¿Hemos aprendido la triple lección de esta parábola? ¿Hemos conocido a Alguien que puede quitar nuestra culpa, darnos fuerza y aliviar nuestra angustia? En palabras de la parábola: «Le vendó las heridas»; «lo montó en su propia bestia»; «lo llevó a una posada». Si es así, ¿no tendremos menos preocupaciones? Dios no quiere que carguemos con nuestras angustias más de lo que cargaría con nuestros pecados. «Echando toda vuestra ansiedad sobre Él», dice, «porque Él cuida de vosotros». ¿Acaso este versículo de la Escritura no satisface la doble necesidad de soledad y desamparo, expresada en la súplica de Marta: «¿No te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir?» «Echando toda vuestra ansiedad sobre Él»: esto satisface la soledad; «porque Él cuida de vosotros»: esto satisface la angustia. Lo tenemos *a Él,* quienquiera que se vaya, y se aleje de nosotros, y Él cuida.

«Nunca solo y siempre cuidado» describe la feliz situación del hombre en la posada mientras esperaba ver el rostro de su amigo. Puede ser, y debería ser, la experiencia de quienes esperan ver *Su* rostro.

LA PAZ QUE SOBREPASA TODO ENTENDIMIENTO

Existe un mandato autoritativo de Dios a su pueblo de no preocuparse. “No se preocupen por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, den gracias”. «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. 7Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Fil.4:6-7).

No hace falta explicar que cuando Dios nos dice que no nos preocupemos por nada, no quiere decir que seamos negligentes. Pero nos prohíbe categóricamente preocuparnos y angustiarnos, pues esto se convierte en pecado, entristeciendo al Espíritu Santo. Este versículo nos promete que podemos cambiar toda nuestra preocupación por Su paz.

¿Cómo, entonces, podemos recibir la gran bendición de este versículo: la paz de Dios que guarda nuestros corazones y mentes?

En primer lugar, debemos aceptarlo como un mandato directo de Dios de no afanarnos. Y tan pronto como nos encontremos ansiosos, debemos decirnos a nosotros mismos: “Esto es una deshonra para Dios; lo estoy desobedeciendo; Él me ha dicho que no debo preocuparme”. A veces esto puede parecer fácil, pero la prueba está en esa palabra: “nada”. Hay algunos asuntos por los que pensamos que es correcto y apropiado preocuparse. Pero Dios dice que no hay *nada.* ¿Podemos creerle? Nada, en el cielo o en la tierra, en la iglesia o en el mundo, en tu vida privada o profesional, nada en cuanto a ti mismo o a cualquier otra persona, incluso a tus seres queridos, nada en cuanto al pasado, presente o futuro por lo que debas preocuparte. Y, sin embargo, estamos tan acostumbrados a hacerlo que vivimos en un estado crónico de preocupación, y nos hemos vuelto tan acostumbrados a la carga que a veces nos lleva a despertar sobresaltados para darnos cuenta de lo ansiosos que realmente nos estamos poniendo.

En lugar de preocuparnos, se nos dice lo que debemos hacer: “En todo, mediante oración y ruego con acción de gracias, sean conocidas sus peticiones delante de Dios”. Cuéntale todo a Dios. ¿Nunca has encontrado alivio al poder contarle a un amigo por lo que estabas pasando? Bueno, Dios te invita a hacerte amigo de Él. Él puede ser mejor que cualquier amigo terrenal, por muchas razones. Él mismo nunca está agobiado por las preocupaciones, y nuestros amigos terrenales a menudo sí; Él siempre está cerca, y los amigos terrenales no pueden estarlo; Él siempre está dispuesto a escuchar y puede impartirnos su propia paz, que otros no pueden hacer. Además, podemos contarle lo que no podríamos susurrar a ningún oído humano, porque Él dice: “En *todo,* mediante la oración”. El mismo Dios que creó al mamut y a la mota prestará atención por igual a nuestro ser

más pequeño, así como a nuestras más grandes preocupaciones.

La oración debe ser con “súplica” y “acción de gracias”. Podemos acudir una y otra vez a Dios sobre lo mismo y ser tan insistentes como queramos. Al mismo tiempo, no dejemos de mezclar nuestra acción de gracias con todo ello, pues, aunque haya mucho que pedirle que dé y que quite, si somos suficientemente observadores, encontraremos muchas bendiciones que contar y que exigen nuestra alabanza. Y esto nos llevará al borde mismo de esa maravillosa bendición contenida en el versículo siguiente. Aquí Dios no promete hacer lo que le pedimos, ni se compromete a cambiar nuestras circunstancias, sino que nos ofrece algo mejor, Su paz, que sobrepasa todo entendimiento, para guardar nuestros corazones y mentes. La paz de Dios se convierte en nuestra; algo que nunca ha sido perturbado por nada de lo que ha sucedido, ni puede serlo por nada de lo que pueda suceder. Qué conmociones y bruscas alarmas ha habido desde los primeros albores de la creación — la caída de Satanás, el primer pecado, los ángeles que abandonaron" la caída del hombre! Y, sin embargo, a través de todo ello, la paz de Dios permaneció inquebrantable. Y Él, que pudo permanecer imperturbable ante todo esto, se ofrece para «guardar» tu corazón y tu mente, para que puedas afrontar todo lo que se presente en tu corta vida. Sí, Él no ofrece menos al corazón confiado y agradecido que Su propia paz. Es maravilloso pensar que tal paz exista en algún lugar, cuando a nuestro alrededor, por doquier, están las huellas de la preocupación, pero allá arriba, en el corazón de Dios, está la paz, y si es maravilloso que Él la tenga, no es menos maravilloso que la dé. Que esta pueda ser impartida, y el bendito Dios está dispuesto a hacerlo, para que los corazones humanos pobres, atribulados y agobiados pueden participar de la prerrogativa de Dios.

¿Hemos experimentado ya, esta paz? ¿Por qué no? ¿Por qué permitir que la incredulidad cierre la puerta de nuestros corazones, con la preocupación dentro y la paz fuera? Obedezcamos a Dios y neguémonos a darle cabida a la preocupación —no es la legítima inquilina de nuestros corazones—, sino que, contándole todo a Dios, admitamos Su paz. Entonces nuestros corazones y mentes estarán protegidos, porque la preocupación seguramente volverá a atacarnos, y esto puede perturbarnos si nos enfrascamos en la lucha, pero jamás podrá perturbar la paz de Dios. En lugar de estar ocupados con el enemigo a la puerta, ocupémonos más bien en Cristo Jesús, pues dice que esta paz «guardará [o protegerá] vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús». Es fundamental que estemos comprometidos con Él, pues nuestra preocupación a menudo es consecuencia de algún fallo nuestro, y, por consiguiente, las almas sensibles y concienzudas fijan su mirada en sus propias faltas y se descalifican para disfrutar de esta paz de la que hablamos. Por supuesto, si el creyente ha pecado, ese pecado debe ser confesado y la comunión restaurada. No podríamos ni imaginar la paz de Dios llenando el corazón de alguien que sigue un camino de desobediencia. Pero, por otro lado, cabe destacar que en el versículo que

tenemos ante nosotros no se menciona que esta paz nos llegue por algo que hayamos hecho o dejado de hacer. Se trata de «por medio de Cristo Jesús». Pensemos en Él. Él es completamente agradable a Dios. Fue el obediente, obediente *hasta* la muerte, incluso la muerte en la cruz, y nada glorificó más a Dios. Y esa cruz, por así decirlo, te ha apartado por completo de la vista de Dios en cuanto a lo que has hecho y lo que eres, dejando sólo a Cristo en toda Su perfección entre tú y Dios. Así, la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, *nos llega* a través de un medio perfecto y no tiene que encontrar su camino a través de nuestras imperfecciones, o posiblemente sería rechazada mucho antes de llegar a nuestros corazones. Cristo mismo es el vínculo vivo entre tu corazón y el de Dios.

Al comparar lo que se ha dicho ahora con lo anterior, se verá cómo estamos avanzando. Nuestra primera liberación real de la preocupación llega cuando oímos las palabras: «Cuidad de él» (Lucas 10:35), y sabemos que están dirigidas a nosotros. Entonces seremos poseedores de una paz que sobrepasa todo entendimiento. Pero hay un paso más, una declaración en la Palabra de Dios que completa el tema y parece no dejar nada sin decir. Nos referimos a esas palabras en 1 Pedro 5:7: «Echad toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él cuida de vosotros». En esta última cláusula se encuentra la cura infalible para toda preocupación.

Oh, ¿alguien más se ha parado ante ti y te ha dicho: «Dame tu cuidado»? Muchos han venido, tal vez, pidiendo tu amistad, tu compañía, tu entretenimiento o algún beneficio, pero ¿alguien quería tu cuidado? No; no querrían que trajeras tus preocupaciones a su compañía. «Ven con una sonrisa radiante», dicen; «alégranos con tu ingenio chispeante y tu animada conversación». Pero aquí hay Alguien que pide tu compañía para liberarte de tus preocupaciones. Ni siquiera dice: «Deshazte de tus preocupaciones», sino que te invita a depositarlas en Él. ¿Podría haber algo más apropiado para conmovernos? Y dice «todas» tus preocupaciones. Ni siquiera es que prometa ayudarnos a soportarlas. Esta palabra nos lleva infinitamente más allá. A menudo intentamos soportar nuestras preocupaciones y le pedimos a Dios, por así decirlo, que nos lleve a nosotros y a nuestras preocupaciones. Somos como el hombre de Ganton, de quien leemos que iba al mercado con un saco de harina, cuando de repente se sintió abrumado por el peso que su caballo tenía que cargar, así que, sin desmontar, cargó el saco sobre su propio lomo. ¡Qué insensato, al aumentar su propia carga sin aligerar la de su caballo! ¿Y acaso somos más sabios cuando guardamos la carga que podríamos depositar en Dios, y en lugar de ir al cielo sin la más mínima preocupación, vamos pesadamente cargados?

Más bien, seamos como otro hombre del que hemos oído hablar. Su esposa tenía un pequeño negocio y, en cierta ocasión, se sintió ansiosa y preocupada porque parecía probable que alguien más del mismo sector abriera una tienda cerca.

"¿Qué sería de su negocio?" "¡Qué pérdida sería para ellos!" eran los pensamientos que la invadían y que a menudo expresaba en sus conversaciones con su marido; él, sin embargo, permaneció tranquilo. ¿Por qué habría de ser de otra manera? ¿Acaso Dios no le había dicho que se preocupara en vano? Pero, al ver la preocupación de su esposa, un día le dijo: "Querida, déjame a mí todas las preocupaciones". "Entonces no se hará nada de eso", fue la respuesta de ella.

«Echando toda vuestra ansiedad sobre Él». ¿Conoces a Aquel que dice esto? En la misma epístola hay un versículo que precede al que estamos considerando y que también debe precederlo en nuestra propia experiencia. Se encuentra en 1 Pedro 3:18: «Cristo también padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios». Este versículo trata sobre el tema *del pecado*, que debe abordarse antes que el de la *ansiedad*. Pero esta última no se pasa por alto, pues lo que se nos invita a hacer cuando somos llevados a Dios es echar toda nuestra ansiedad sobre Él. Si Dios ha puesto tus pecados sobre Cristo, *puedes* echar toda tu ansiedad sobre Dios. Y se nos da la razón por la que podemos hacerlo: «Él cuida de ti». Cristo sufrió una vez por tus pecados y los cargó, y ahora quiere que le permitas cargar con tu ansiedad.

He aquí, pues, la respuesta a la incredulidad que cree que Dios permite que el mundo siga su curso y lo ha abandonado a su suerte. Esto es tan falso como cualquier otra mentira de la que Satanás es la fuente. Aquellas palabras «Él se preocupa» y esa invitación a «depositar en Él toda nuestra ansiedad» nos llegan con el sello inequívoco de la verdad. Sería diabólico burlarse de nosotros con tales palabras. ¡Ah, la burla no puede inventar palabras como esas! Estas hablan por sí solas, revelando que tras ellas hay un corazón en el que podemos confiar plenamente.

Son palabras que, además, apelan a todos, pues ¿quién no conoce las preocupaciones? El otro día, mientras esperábamos fuera de una oficina en el West End, tuvimos la oportunidad de observar los rostros de la gente en una concurrida calle de Londres. Cientos de personas pasaron a nuestro lado, entre ellas, de diferentes clases sociales, credos y nacionalidades, pero en algo se parecían todas: en cada rostro se reflejaba, en mayor o menor medida, la preocupación. Sus preocupaciones no eran las mismas, pero había un remedio para todas. ¿Cuántos sabían que podían tener la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento? ¿Cuántos podían alzar la vista y decir: «Él se preocupa por mí»?

"ÁNGELES EN BLANCO"

"Ve dos ángeles vestidos de blanco" (Juan 20:12).

La preocupación puede abrumar a algunos debido a la sensación de fracaso en un puesto exigente y de responsabilidad. O puede haber algún secreto en su vida que no puedan comunicar a nadie: trapos sucios que ocultar. O una gran decepción les ha sobrevenido, y se inclinan a dejar que estas esperanzas frustradas ensombrezcan el resto de su vida y la de los demás. Puede que estén sufriendo por el pecado y la desgracia de sus seres queridos, y ciertamente esto genera suficiente preocupación como para agobiar al corazón más fuerte. La preocupación también surgirá a menudo del pensamiento de lo que *podría haber sido*. Esta reflexión a veces causará una punzada amarga. Cabe decir de inmediato que todos los remordimientos de este tipo son inútiles. En muchos casos, es imposible saber cuál podría haber sido el resultado, incluso si se hubiera tomado un camino diferente. Ya se ha adoptado, e incluso si pudieras saberlo, una vez hecho, no puedes cambiarlo. Nuestro consejo es: Pide perdón a Dios o a los hombres, o a ambos, si es necesario, y aprovecha al máximo las oportunidades que se te presenten.

Actúa, actúa en el presente vivo,
Corazón adentro, y Dios arriba.

Olvidando lo que queda atrás, extiendan la mano hacia lo que está delante y avancen hacia la meta. Algunas personas siempre se preocupan por si han hecho lo correcto. Tan pronto como actúan, empiezan a desear haber actuado de otra manera. Estas personas necesitan aprender que, después de todo, tal vez no importe tanto. Aprendamos a dejar las cosas en manos de Dios. Él puede hacer que todo encaje de una manera maravillosa, y Él hace que todas las cosas *cooperen* para bien de quienes lo aman. También está la preocupación que surge de la persecución, de la oposición o de ser incomprendido. La ansiedad que esto produce sólo la conocen quienes han pasado por la prueba. La injusticia, aparte de cualquier otra consideración, es suficientemente irritante, y cuando, como casi siempre sucede, tus esfuerzos por arreglar las cosas sólo aumentan tus dificultades, la situación se vuelve casi insoportable. Pero si estás convencido de la justicia de tu causa y de que Dios está de tu lado, puedes dejar con seguridad tu reputación, así como tu bienestar, en Sus manos. Él lo usará todo para enseñarte muchas lecciones necesarias, para prepararte para fines más nobles y, finalmente, "hará que tu justicia resplandezca como la luz y tu juicio como el mediodía".

Cualquiera que sea tu preocupación, recuerda que hay un remedio suficiente. Se

encuentra, como hemos intentado mostrar, en obedecer primero el mandato: «No os preocupéis por nada», y luego en aceptar plenamente esas benditas palabras: «Echad toda vuestra ansiedad sobre Él, porque Él cuida de vosotros». En lugar de preocuparnos, debemos regocijarnos en el Señor, porque él tiene el control de todo. Todo el poder está en Sus manos. *«No temáis».* Dos veces el Señor Jesús pronunció estas palabras tranquilizadoras a sus discípulos y en circunstancias muy diferentes: una vez cuando estaban en una barca en el mar, «azotados por las olas, porque el viento era contrario», y otra vez cuando tres de sus discípulos estaban con Él en el monte, rodeados por las glorias de la transfiguración. ¡Qué amplio campo abarcan estos dos acontecimientos! Uno tiene que ver con todo lo que te rodea, el otro con todo lo que está por encima de ti. ¿Te encuentras a merced del mar tempestuoso de la vida, experimentando cuánto hay en tu contra? Jesús dice: «No temáis». ¿Se trata de las glorias venideras y de tu aptitud para ellas? La misma voz pronuncia las mismas palabras. Puede que sientas que mientras te has acostumbrado a esta escena, con sus problemas y pruebas, estamos muy poco acostumbrados a una escena como la del Monte Tabor. Pero fíjense, el Señor Jesús se sentía tan a gusto en una como en la otra, y Él nos haría sentir a nosotros lo mismo también. ¡Qué Persona tan maravillosa es el Salvador! Él puede hacernos sentir cómodos en medio de las glorias divinas, e igualmente cómodos en medio de todas las circunstancias del camino que conduce a ellas. «Jesús se acercó y los tocó, y les dijo: Levantaos, y no tengáis miedo. Y cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie sino a Jesús solamente». Si tan sólo lo vemos, la preocupación desaparecerá. Él es suficiente para nosotros en lo temporal y suficiente para nosotros en lo eterno (véase Mateo 14 y 17).

Bien podríamos ser felices con alguien que nos cuide. «Él cuida de vosotros». De nuevo preguntamos: ¿Te has dado cuenta de que la orden dada acerca del hombre en la posada (Lucas 10) —«Cuidad de él»— se ha dado acerca de vosotros? Despertemos a la realidad de que tenemos **a Alguien** que cuida de nosotros. ¿Por qué un bebé es tan feliz a pesar de su indefensión? Porque es la persona mejor cuidada de la casa. Su llanto trae ayuda inmediata; sus necesidades siempre son atendidas. ¡Ojalá nos contentáramos con ser los bebés del Creador! ¿somos algo más en presencia del vasto universo que se extiende a nuestro alrededor y de Aquel que lo creó? ¿No hay brazos que nos abracen, manos que nos alcen, pecho que nos proteja? Gracias a Dios, sí los hay para todos los que se convierten en niños pequeños.

Nos ayudará a superar todas nuestras preocupaciones si miramos en la dirección correcta. Captamos la impresión de lo que contemplamos. «Lo miraron y se iluminaron, y sus rostros no se avergonzaron». Durante algunas guerras muy costosas en las que Inglaterra participó hace más de cien años, se dice que mientras el entonces Primer Ministro siempre estaba eufórico, el Ministro de Hacienda, por el contrario, siempre estaba deprimido. El primero sólo miraba los trofeos de guerra, el segundo sólo el gasto.

¿Dónde buscamos? ¿Y qué buscamos? De la respuesta a estas dos preguntas depende gran parte de nuestra felicidad. A menudo buscamos aquello que inevitablemente nos decepcionará, pero si buscamos como nos indica la Escritura, estaremos más que satisfechos. «A los que le esperan, Él aparecerá por segunda vez… para salvación». «Esperando esa bendita esperanza». «De donde también esperamos al Salvador» (Hebreos 9:28; Tito 2:13; Filipenses 3:20).

Perjudicamos tanto a Dios como a nosotros mismos, al menos de cuatro maneras: (1) Las preocupaciones de esta vida ahogan la Palabra y nos volvemos estériles. (2) Nos roban la paz y la felicidad que de otro modo disfrutaríamos. (3) El efecto en los demás es negativo y perdemos oportunidades de ser útiles, pues ¿cómo podemos hablarles a otros de la bondad de Dios si nosotros mismos no la disfrutamos conscientemente? (4) Refleja el carácter y los caminos de Dios.

Así pues, cuando nos sintamos tentados a desanimarnos, repitamos para nosotros mismos aquellas palabras consoladoras del salmista: «¿Por qué te abates, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, pues aún he de alabarlo, que es la salud de mi rostro y mi Dios».

Y, aun así, aunque hemos escrito tanto, hay quienes dejarán el libro decididos a seguir aferrándose a su preocupación como siempre. Tu caso es tan diferente al de los demás. Es tan único y excepcional que ni siquiera Dios puede comprenderlo. ¿Te atreves a acudir a Él y decírselo? Más bien, pregúntate si no es un orgullo oculto lo que te lleva a cargar con tu preocupación para llamar la atención sobre ti mismo.

¡Ah, cómo te equivocas con Dios y qué bendición estás perdiendo! Si tan sólo aceptaras todo lo que te ha sucedido como proveniente de Él y vieras que Él puede convertirlo todo en algo bueno. "Sobre más de una vida, Dios se sienta como un tejedor ante el telar. Todos los hilos parecen tan enredados y moverse en direcciones opuestas, pero todos se mueven de acuerdo con Su voluntad, porque todos los hilos están en Su mano, y Él está diseñando un patrón maravilloso." En Persia, se dice, algunas alfombras tardan cien años en hacerse, y se trabajan en la oscuridad para que los colores no se vean afectados por la luz. ¿No es así como obra Dios? Nos lleva a la oscuridad, a veces ocultando la luz misma de nuestra vida terrenal o trayendo nubes negras al cielo. Pero todo tiene un propósito. “El otro día, un amigo artista invitó a un caballero a ver un cuadro recién terminado. Para su sorpresa, lo llevaron a una habitación oscura y lo dejaron allí. Después de unos quince minutos, su amigo fue y lo llevó al estudio para ver el cuadro, que fue muy admirado. Antes de irse, el artista dijo: 'Supongo que le pareció extraño que lo dejaran tanto tiempo en esa habitación oscura'. 'Sí', dijo el visitante, 'así fue'”. —Bueno —respondió su amigo—, sabía que, si entrabas a mi estudio con el resplandor de la calle en los ojos, no podrías apreciar la belleza de los colores del cuadro, así que te dejé en la habitación oscura hasta

que el resplandor desapareciera de tus ojos. Y Dios nos deja en muchas habitaciones oscuras aquí abajo, pero es sólo una preparación para lo que está por venir. Un día seremos invitados a ir «arriba», y ya no veremos a través de un espejo empañado, sino cara a cara. Mientras tanto, esperemos y confiemos.

Mientras lo hacemos, tal vez derramemos muchas lágrimas, pero de ellas no debemos avergonzarnos. Las lágrimas son los prismas en los que a menudo brilla la luz del cielo y se fragmenta para que podamos ver su belleza. María Magdalena vio más a través de sus lágrimas que cualquiera de los apóstoles Pedro y Juan. Ellos fueron al sepulcro, pero regresaron a casa sin ninguna visión angelical. «Pero María estaba afuera, junto al sepulcro, llorando; y *mientras lloraba,* se inclinó y miró dentro del sepulcro, y vio a dos ángeles vestidos de blanco sentados, uno a la cabecera y el otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús». Eso fue lo que María vio: *ángeles vestidos de blanco.* Ante ella estaba la oscura tumba, vacía de todo lo que más amaba, pero fue justo allí donde aparecieron los "ángeles de blanco". Y siempre se les puede ver, si tan sólo tenemos ojos para verlos —"ángeles de blanco"—, llenando el lugar más oscuro de la tierra: el sepulcro. Allí, "ángeles de blanco" donde todo parece muerto y desolado. ¿Tienes una tumba junto a la que lloras, el lugar de sepultura de un ser querido, o donde yace enterrada alguna ambición o deseo? Intenta ver a los "ángeles de blanco". Están ahí, siempre están ahí, si tan sólo los buscamos. Y tus propias preocupaciones pueden convertirse en "ángeles" que te guían hacia el Señor resucitado.

Pero debes buscar a Jesús, y si ves a los ángeles vestidos de blanco, tu Señor no estará lejos. En cuanto María respondió a su pregunta, «se volvió y vio a Jesús de pie», y una sola palabra suya transformó toda su tristeza en gozo.

¿Qué nos dicen estos "ángeles de blanco"? Lo que le dijeron a María: "¿Por qué lloras?" Nos invitan a secar nuestras lágrimas. Nos dicen que la esperanza no ha muerto, que la victoria está asegurada. Los ángeles a los que nos referimos estaban sentados, uno a la cabecera y el otro a los pies, *donde* había reposado el cuerpo de Jesús. En cada extremo del propiciatorio que descansaba sobre el arca antiguamente, había un querubín; así también en cada extremo del sepulcro, aquí, hay un ángel. La verdadera arca del pacto había atravesado las aguas de la muerte, y había amanecido la gloriosa mañana de la resurrección. Los "ángeles de blanco" nos preguntan: "¿Por qué lloras?", y bien pueden hacerlo. Nos dicen que para el creyente el juicio ha sido soportado, el aguijón de la muerte ha sido quitado, y Aquel que ha hecho todo esto por nosotros está vivo de nuevo y nos llama sus hermanos, y podemos llamar a su Dios nuestro Dios y a su Padre nuestro Padre.
Si comprendemos que las preocupaciones de esta vida pueden convertirse en bendiciones celestiales, ¿no nos resultarán más llevaderas? Los cimientos de la Nueva Jerusalén están adornados con toda clase de piedras preciosas. Así como

las piedras preciosas se han purificado con los dolores y angustias de la tierra, ¿no podrían representar las respuestas de Dios a todas las aflicciones que su pueblo siente en el camino de regreso a casa? Las aflicciones terrenales se convertirán en gemas de gloria. «Nuestra leve aflicción, que es momentánea, produce en nosotros un peso de gloria mucho mayor y eterno». Cada sufrimiento que los mártires cristianos soportaron, cada dolor que los santos de Dios sintieron con razón, bajo la mano de su Padre, contribuye a producir esas piedras que pronto brillarán a la luz del Señor Dios Todopoderoso.

Si ahora tenemos que derramar lágrimas, llegará el momento en que todas serán enjugadas. Se dice que Dios lo hará. ¿Tendrás alguna que sea enjugada por una mano así? No pienses que es difícil derramarlas ahora. ¡Piensa en lo que significará para Dios enjugarlas! Un anciano cristiano escribió una vez: «Si no hubiera sido llamado a pasar por esta tribulación y derramar estas lágrimas, me habría perdido la suavidad de la mano que las enjuga». Dios ha contado los cabellos de nuestra cabeza, y Él, y nadie más, enjugará nuestras lágrimas. ¡Oh, la alegría de ese momento, porque cuando Dios las haya enjugado, jamás volverán! Nuestros pecados se han ido para siempre, porque Él los ha apartado, y nuestras lágrimas también se irán algún día, por la misma razón, para no volver jamás.

¿Acaso debemos preocuparnos y angustiarnos por tantas cosas cuando hay un Dios que nos invita a depositar nuestras preocupaciones en Él y nos dice que se preocupa por nosotros? Confiemos en Él. Se acerca el tiempo en que todo enigma se resolverá, la infidelidad será para siempre una pesadilla del pasado y la fe alcanzará su máximo triunfo, cuando la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor y se convertirá en un vasto templo para su alabanza, y entonces la única nota universal de adoración en cada labio será sin duda esta: «En cuanto a Dios, su camino es perfecto».

Oh, Señor, cuán felices deberíamos ser,
Si pudiéramos depositar en Ti todas nuestras preocupaciones,
Si pudiéramos descansar de nosotros mismos,
Y sentir en el corazón que hay Uno arriba,
En perfecta sabiduría, perfecto amor,
Está obrando todo para mejor.

COSAS QUE PROVOCAN ANSIEDAD EN LAS PERSONAS

El Señor Jesús habló una vez de las "preocupaciones de esta vida". Él las conocía bien y sabía lo reales que son. Uno de los grandes propósitos de su venida al mundo fue enseñar a los hombres cómo liberarse de esas preocupaciones. Les enseñó, mediante preceptos y ejemplos, a confiar en Dios. ¿Cuáles son algunas de las "preocupaciones de esta vida"? En primer lugar, está la preocupación relacionada con su *sustento.* Cómo llegar a fin de mes, podemos estar seguros, es una gran presión para muchos. El esposo no sabe, tal vez, cuánto tiempo podrá mantener su situación. Su salud se deteriora, sus ingresos apenas son suficientes y, con una familia en crecimiento, los gastos necesariamente aumentan. O, peor aún, está actualmente sin trabajo.

Consideremos otro caso. Hay una viuda con varios hijos pequeños a su cargo. El trabajo es inestable, en el mejor de los casos duro, y toda la responsabilidad de la familia recae sobre ella. ¿Es posible, en tales circunstancias, liberarse de las preocupaciones? Respondemos con absoluta certeza: Sí. Dios nos ha dado una lección práctica sobre esto, que vemos a diario. Cristo nos lo hizo notar. Los pájaros no tienen ni despensa ni granero, sin embargo, cantan con tanta alegría como si el mundo entero fuera suyo. ¿Cómo se alimentan? «Dios los alimenta» es la explicación divina.

La oración que el Señor enseñó a sus discípulos está en armonía con esta: «Danos hoy nuestro pan de cada día». Si se acepta el tipo de vida que aquí se indica, es posible liberarse de preocupaciones incluso en las circunstancias más precarias.

¿Acaso no volvemos a la lección de Lc.10: «Cuídenlo»? Si eres hijo de Dios, por muy humilde que sea tu posición, por mucho que hayas sido probado, por muy pesada que sea la carga que te toque llevar, debes aplicar la lección del Buen Samaritano a tu vida y comprender que Dios ha ordenado que se cuide de ti.

¿Qué garantiza eso sino la misma amistad de Dios? Y si podemos acudir a Él para todo lo que deseamos, sin importar cuán grande sea el deseo, no tenemos por qué preocuparnos. Hemos dicho que el Señor Jesucristo vino al mundo para enseñar a los hombres a confiar en Dios. ¿Hubo alguien tan pobre como Él, o tan probado? Y recordemos que había sido rico. Posiblemente, el mayor cuidado no se dirige a quienes han sido pobres y siguen siéndolo, sino a quienes han conocido tiempos mejores. La lección que Cristo vino a enseñar tiene, por lo tanto, una aplicación especial para ellos, pues había sido rico y se hizo pobre (2 Corintios 8:9). Si queremos saber cuán pobre llegó a ser y cuánto fue probado, sólo tenemos que leer el Salmo 22. Fue «objeto de *burla* entre los hombres», «*despreciado* por el pueblo», objeto de escarnio. Grandes y pequeños, de alto y bajo rango, estaban en su contra. Sus seguidores más íntimos lo abandonaron. Pero había algo que

le afligía el corazón más que todo esto: fue abandonado por Dios al ser hecho pecado por nosotros. Y, sin embargo, a través de todo el salmo se percibe un tono de confianza inquebrantable. ¡Qué maravilloso, en medio de tal abandono, no oír ni un murmullo escapar de esos labios! Ni por un momento vaciló la fe, aunque fue llevado al polvo de la muerte. Y es Él quien nos dice, en medio de todas nuestras preocupaciones, que ni un gorrión es olvidado ante Dios, para recordarnos que nosotros nunca podemos serlo, y luego añade palabras que habían permanecido sin pronunciar desde el principio del mundo por ningún filósofo ni poeta: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues: vosotros valéis más que muchos gorriones». «Por tanto os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis; ni en cuanto al cuerpo, lo que vestiréis. La vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. Considerad los cuervos: no siembran ni cosechan, no tienen almacenes ni graneros, y Dios los alimenta. ¿Cuánto más valéis vosotros que las aves?» (Lucas 12:7, 22-24).

Por supuesto, estamos obligados a utilizar todos los medios apropiados. Pero generalmente se descubre que no es lo que podemos hacer lo que nos preocupa, sino *lo que no podemos hacer*. Y es precisamente aquí donde debemos confiar en Dios, simplemente descansando en las palabras: «Vuestro Padre sabe». «Si no podéis *hacer* lo más pequeño, ¿por qué os preocupáis por lo demás?». Haz todo lo que puedas, pero nunca te preocupes por lo que no puedes hacer. Y recordemos que la vida de un hombre no consiste en la abundancia de las cosas que posee. Es asombroso, cuando nos ponemos a prueba, cuán poco depende la verdadera felicidad de las cosas o las circunstancias. Cristo no tenía dinero y a veces ni siquiera dónde recostar la cabeza, y sin embargo podía hablar de su paz y su alegría. Alguien que había residido en Sudáfrica dijo que la gente feliz eran los cafres, que sólo tenían una choza sencilla y una manta, y cuyas posesiones se vendían por 2 chelines y 6 peniques, y no los hombres que hacían fortunas con diamantes y minas de oro.

La mala salud suele ser otra fuente de preocupación. Tu éxito en la vida puede depender de una buena salud, y parece que te la niegan. O puede que haya otras personas que dependan de ti, y te sientas cada vez menos capaz de soportar la presión. Quizás pocas cosas sean más difíciles que sentirse incapaz, física y mentalmente, de afrontar las exigencias de tu vocación, y aun así tener que enfrentarlas día tras día. En tales circunstancias, todo tiende a teñirse de negro. Todo lo que vemos está teñido de distintos tonos de tinta china.

El azul del cielo se olvida, y una fría niebla gris lo envuelve todo. El plumón del cardo, más ligero que una pluma, parece a nuestra imaginación distorsionada una tonelada de peso. Todo esto puede ser puramente físico, y existe el aspecto físico de liberarse de las preocupaciones, así como el espiritual, pues el hombre es cuerpo, alma y espíritu. Prestar la debida atención a cada uno es uno de los

grandes problemas de la vida. Pero el mero recuerdo de que tu sentimiento de depresión no tiene una causa real en las circunstancias, sino sólo en alguna condición transitoria de tu cuerpo, te permitirá levantarte y liberarte de ella. Hay también un texto que a menudo ha servido como ancla bajo este tipo de presión: «Dios es fiel, que no os dejará ser tentados más allá de vuestras fuerzas, sino que con la prueba os dará también la salida, para que podáis ser salvos capaz de soportarlo» (1ª Cor.10:13).

Otra causa de preocupación es la costumbre de anticipar problemas y afrontar las dificultades a medias. ¡Cuántos problemas surgen de este presentimiento malicioso! Sería útil llevar un registro durante un mes de las cosas que podrían haber sucedido, pero que nunca sucedieron. El resultado sería algo así:

1. Recibes una carta del propietario informándote de que la casa que alquilas se va a vender. Un señor te llama para verla y dice que cree que la comprará y que, de ser así, se mudaría allí. Inmediatamente te entra la ansiedad de pensar dónde encontrarás otra casa que también te guste, y mentalmente experimentas todas las molestias de una mudanza.

Resultado, tras varias semanas de incertidumbre: la casa no encontró comprador en la subasta, y usted permanece tranquilo.

2. Tu hijo llega a casa del colegio con la nariz muy magullada; otro niño lo ha empujado. Durante horas, te preocupa mucho que se haya roto el hueso y que su cara quede desfigurada para siempre.

Resultado: El hueso no está roto, sigue tan guapo como siempre.

3. Tu carta a un amigo no ha recibido respuesta. Al no obtenerla, tu ansiedad aumenta.

Resultado: La respuesta llegó, pero debido a un suceso extraordinario nunca te alcanzó. Cuando se encontró, demostró que toda la ansiedad al respecto era pura pérdida de tiempo.

4. Se realiza un acto, o se pronuncia una palabra, que parece indicar crueldad por parte de alguien de quien se esperaban mejores cosas. Se pasan horas considerando lo que puede significar y cómo afrontarla, y, tal vez, sufriendo una profunda injusticia. Después ocurren circunstancias que demuestran que esa palabra nunca estuvo dirigida a ti, ni el acto tuvo el significado que tú le diste.

Cada uno de nosotros podría añadir indefinidamente a la lista, y jamás agotaríamos la cantidad de asuntos que nos preocupan, y todo en vano. ¿Acaso no se repiten casi a cada hora? ¿No podríamos muchos de nosotros dar el mismo testimonio que el hombre que colgó en la pared de su oficina las palabras:

«Los mayores problemas de mi vida han sido los que nunca llegaron»?

Una vez escuchamos una conversación entre dos cristianos que jamás olvidaremos. Uno era anciano y había sido próspero, pero en la vejez la desgracia lo alcanzó por la deshonestidad de otro. Lo vemos ahora, de pie en el umbral, con el rostro resplandeciente, cubierto de canas. Al despedirse, su amigo le dijo, citando el Salmo 34: «Recuerda: "Este pobre clamó, y el Señor lo oyó, y lo libró de todas sus angustias"». «Ah», exclamó (y fueron las últimas palabras que le oímos pronunciar), «Él ha hecho algo aún mayor por mí: me ha librado de todos mis *temores»* (véase el mismo salmo, versículo 4).

Sí, sin duda es algo mayor ser *liberado de* todos nuestros *miedos* que *ser salvado de* todos nuestros *problemas.* Son esos temores los que proyectan una nube oscura sobre muchas vidas. ¡Y, sin embargo, con qué frecuencia son temores infundados! Pero si los problemas llegan y la prueba nos azota, recordemos las palabras del salmo ya citado: «Este pobre *clamó,* y el Señor lo oyó, y lo libró de todas sus angustias».

Él clamó tal como si hubiera caído en un pozo o estuviera siendo arrastrado mar adentro. Y así es exactamente como debemos clamar a Dios en medio de nuestras dificultades. A este respecto, hay tres versículos que nos vendría bien tener presentes.

"Cuando tenga miedo, confiaré en ti."
"Confiaré y no tendré miedo."
"Confía en Él en todo momento."

En cuanto a anticipar problemas, una vez visitamos a un anciano cristiano que sufría una enfermedad debilitante, quien esperaba, en circunstancias normales, vivir unos tres o cuatro meses más y debilitarse gradualmente hasta que la vida se le escapara. Esto fue una gran prueba para él, pues era viudo, vivía en la casa de su hija, también viuda, y parecía apenas poder soportar la idea de la carga que su prolongada enfermedad y la consiguiente impotencia representarían para ella. Al ver su aflicción, nos arrodillamos y le pedimos a Dios que su hijo fuera librado de los muchos días de cansancio que parecían separarlo de su anhelada liberación. La respuesta llegó más pronto de lo que cualquiera de nosotros podría haber esperado. En lugar de tres meses de penosa espera, no quedaron ni tres horas. Vimos a las doce del mediodía, su espíritu partió del cuerpo y se unió al Señor. «Así que no os preocupéis por el mañana, porque el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con sus propios problemas» (Mateo 6:34). Esta es nuestra garantía para vivir, como alguien ha dicho, dentro del marco de las veinticuatro horas. Y este es uno de los secretos para liberarse de las preocupaciones.

Russell Elliott